

Otro epitafio de Cádiz (1780), estuvo dedicado á los Manes de Cecilia Januaria.

5. Loseta 13 X 21 cm., empotrada en la base de un cipo labrado de piedra caliza (60 X 50 X 18 cm.).

S E P T V M I L L A  
A N N · V I I · C A R  
P A R T · S Y M M A C H O  
E T · S V E I S · H · S · S T · T L

*Septumilla ann(orum) VII car(a) patr(i) Symmacho et sueis, h(ic) s(ita). S(it) t(ibi) t(erra) l(evis).*

Septumila, de edad de siete años, querida de su padre Símaco y de los suyos, aquí yace. Séate la tierra ligera.

El escultor por descuido mudó PATR en PART. Los vocablos *sueis* y *Septumilla* revelan la antigüedad de la inscripción, probablemente de la primera mitad del primer siglo. Es notable el diminutivo *Septumilla*, que sale por primera vez y se deriva del paterno *Septimius*. Sale también por vez primera el cognombre griego σύμμαχος (aliado).

Cádiz, 15 de Diciembre de 1913.

VICTORIO MOLINA,  
Correspondiente.

### III

#### DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX

Es notorio, á cuantos se consagran á los estudios é investigaciones históricas, que en las Enciclopedias extranjeras, de las cuales no son, por regla general, nuestros Diccionarios más que una imitación, mejor ó peor, escasean grandemente las noticias referentes á personajes españoles; y lo es también que esa escasez sube de punto al tratarse de los hombres que han vivido en el siglo XIX. Algo, aunque poco y de modo deficiente y parcial,

se va remediando esa falta en los suplementos de algunos de los aludidos Dictionarios y en las nuevas ediciones de otros; pero, así y todo, se hace difícil hallar datos bastantes acerca de cuantos, de un modo ó de otro, han intervenido en nuestra vida nacional, bien tomando parte en la gestión de los negocios públicos, bien contribuyendo al fomento y desarrollo de la cultura y de la riqueza.

Si esa omisión por parte de los extranjeros se explica fácilmente, el hecho de que incurran en ella los mismos españoles constituye una lamentable injusticia, y acusa poco amor al buen nombre de la patria; que al cabo y al fin el renombre, el prestigio, la gloria de un pueblo no es más que el resultado del trabajo, del esfuerzo, de la inteligencia y de los sacrificios de sus hijos, por lo cual honrar y enaltecer á éstos es honrar y enaltecer á la madre común.

Pero, por lamentable que resulte, es lo cierto que somos poco aficionados á los estudios biográficos; tan poco aficionados, que no ya los contemporáneos, sino hombres de otras edades, que indudablemente han ejercido no escasa influencia en el desarrollo de los sucesos, no han sido estudiados como debieron serlo, aun comprendiéndose que de ese estudio habrían de deducirse importantes datos para la Historia general. Por ésto se dolía un ilustre hispanófilo (1) de que la figura de alguno de los ministros de Carlos V, como Cobos, no haya tentado aún á ningún historiador. Y tenía mucha razón, pues aparte del tristemente famoso Antonio Pérez, que ha sido objeto de la atención de escritores como Mignet, Gaspar Muro, Morel-Fatio, Martín Hume, Fernández Duro, etc., y no obstante ser tan copiosa la bibliografía referente á los dos primeros Monarcas austriacos, y poder resultar muy interesante el estudio de la vida y de la acción ejercida por los que fueron Secretarios del Emperador y de Felipe II, de ninguno de ellos se ha hecho un trabajo serio, cual el que merecen Juan Vázquez de Molina y aquel Francisco de los

---

(1) M. H. Léonardon: Artículo publicado en la *Revue de Synthèse historique*, 1907.

Cobos, Comendador mayor de León, hombre de maduro juicio, consejo y prudencia grandes, «puntales—dice un tratadista del siglo xvii (1)—con que ayudó al católico César á sobrellevar el peso de tantas Coronas»; como lo merecen también Gonzalo Pérez, padre del célebre amigo de la Princesa de Éboli y hombre de letras, buen juicio y bastante práctico en las cosas del mundo; Gabriel Zayas; Juan de Idiáquez, honor de Guipúzcoa, y, sobre todo, aquel Mateo Vázquez Lecca, de extrema humildad, costumbres austeras, gran laboriosidad y falta de ambición, que durante diez y ocho años (de 1573 hasta su muerte en 1591), mereció la confianza del Monarca, y de cuyo retrato, grabado en una medalla existente en el Museo Arqueológico Nacional, se ha ocupado muy atinadamente el competentísimo académico don Adolfo Herrera (2).

Del mismo modo han quedado en el olvido otros hombres de época más moderna, pero de no menor valía. Sin trazar están aún las biografías documentadas de aquellos ministros de Fernando VI, que se llamaron D. José de Carvajal y de Lancaster, y don Ricardo Wall, y que proporcionaron á España, con su habilísima política, trece años de paz, durante los cuales sembraron los gérmenes de prosperidad que en el siguiente reinado cosecharon, trocados en ópimos frutos, otros ministros como los Condes de Floridablanca y de Aranda, no de mayor mérito que aquéllos, ni mucho menos, diga lo que quiera la fama, que no siempre es justiciera.

Ante esta escasez de trabajos biográficos es natural que todo estudio, encaminado á dar á conocer personas que de algún modo útil para la patria hubieron de distinguirse, merezca ser aplau-

(1) Vermúdez de Pedraza: *El Secretario del Rey*, Madrid, 1620.

Vermúdez de Pedraza incurre en un error al dar á entender que Francisco de los Cobos fué Marqués de Camarasa, siendo así que este título lo creó Carlos V en 18 de Febrero de 1543 para el hijo de aquél, D. Diego de los Cobos y Mendoza, que era ya Señor de Camarasa por su casamiento con doña Francisca Luisa de Luna. (Véase Fernández de Béthen-court: *Anales de la Nobleza de España: Anuario de 1880*, pág. 67.)

(2) Adolfo Herrera: *Mateo Vázquez Lecca* (*Revista de Archivos*, tercera época, tomo VIII, pág. 17).

dido; y como esa escasez sube de punto, según queda dicho, tratándose de personajes de la anterior centuria, claro es que el aplauso ha de ser mayor si el estudio se refiere á estos últimos. De aquí que la labor emprendida por D. Adrián de Loyarte, con la publicación de su obra *Donostiarra del siglo XIX*, resulte de positiva utilidad y sea acreedora á sincero encomio.

La hermosa provincia de Guipúzcoa, que con razón sobrada puede enorgullecerse de haber dado á la patria hombres ilustres por su inteligencia, por su valor y por su patriotismo, en todos los períodos de la Historia; la que para su gloria no necesita citar más que los nombres de aquel Ignacio de Loyola, elevado por la Iglesia á los altares; de aquel Juan Sebastián El Cano, el primero que dió la vuelta al mundo; de aquel Miguel López de Legazpi, conquistador de las Filipinas, y de aquel famoso almirante Antonio de Oquendo, el vencedor de los holandeses; la provincia de Guipúzcoa, repito, ofrece también al respeto y á la consideración de todos los hombres cultos, durante el siglo XIX, figuras como las que el Sr. Loyarte nos presenta en el tomo I de su obra.

Son esas figuras las de D. José Manterola, el P. Vinuesa, el brigadier Lersundi, D. Antonio Arzác, el general Echagüe, el P. Minteguiaga, D. José Juan Santesteban, el canónigo Manterola, D. José Ramón Aguirre-Miramón, D. Antonio de Urbiztondo y Eguía y el general Blanco.

Basta citar algunos de estos nombres para que acuda á la imaginación un mundo de recuerdos, porque el del general Echagüe evoca la memoria de aquella campaña de Africa, que está demandando aún una historia imparcial y desapasionada que muestre como es un tremendo error el decir que aquéllo fué una guerra grande y una paz chica, pues si grande fué la guerra porque el Ejército español luchó con incomparable heroísmo, derramando pródigamente su sangre y elevando á inmensa altura su nombre en los 26 combates que hubo de sostener, la paz que puso término á la lucha fué honrosísima, y tan conveniente y provechosa para España como era posible esperar, teniendo en cuenta que la cuestión marroquí, tal como se hallaba planteada en 1859, no tenía semejanza alguna con la cuestión africana que

nos legó la católica Isabel, y que en el Tratado de paz de 1860 y en el de comercio de 1861, que fué complemento de aquél, existían los gérmenes de una política que, hábilmente desarrollada y mantenida con constancia, podía haber producido fecundísimos resultados. ¿Qué culpa tienen los negociadores de la paz, si ni los gobiernos ni el país han acertado luego á utilizar los medios de acción que aquélla contenía?

El nombre del canónigo Manterola trae á la imaginación el recuerdo de los debates habidos en el seno de las Constituyentes de 1869 acerca de la cuestión religiosa. Manterola, el arzobispo de Santiago, cardenal García Cuesta y el obispo de Jaén, señor Monescillo, fueron los tres únicos eclesiásticos que tomaron asiento en aquellas Cortes. Los tres defendieron con gran competencia la unidad religiosa; pero Manterola superó á todos en la elocuencia de la forma y en el vigor de la argumentación, luchando con verdadero éxito, en una Cámara hostil, con orador de tan excepcionales condiciones como el Sr. Castelar.

Blanco simboliza dos fechas memorables: una grata, la de 1876, en que termina la guerra civil, y otra muy triste, la de 1898, en que pierde España los últimos restos de su imperio colonial. En 1876, Blanco es el afortunado caudillo que en Peña Plata conquista honroso título al contribuir á dar la paz al país, y en 1898, Blanco es el último gobernador general de la Gran Antilla, que se ve forzado por imposición de las circunstancias á sucumbir sin combate.

Las otras figuras, aunque de menor relieve en la vida nacional, son también dignas de estudio. José Manterola es el entusiasta defensor de los Fueros, el colector del Cancionero vasco, el fundador de la revista *Euskal-Erria*, el iniciador de los juegos florales en San Sebastián. El P. Vinuesa, insigne hijo de San Ignacio, cerebro fuerte y equilibrado, eminente teólogo y jurisperito, llamó la atención en Madrid por sus conferencias sobre la cuestión social, y se distinguía por su oratoria persuasiva, sagaz y tan elocuente que, como dice su biógrafo, «al hablar parecía hacer de la palabra música armoniosa, canto de ruiseñores, romper de alborada y crepúsculo de arreboles». El brigadier Lersun-

di, padre del teniente general del mismo apellido, que fué Presidente del Consejo, luchó heroicamente en la campaña contra Francia de 1793, en la guerra de la Independencia y en la primera contienda civil, derramando su sangre por la patria y por el trono constitucional. Arzác, que sucedió á José Manterola en la dirección de la revista *Euskal-Erria*, hombre de rica imaginación y hondamente enamorado de su patria y de su raza, cantó á una y otra con intenso cariño, sin que á juicio de un biógrafo se le diera el valor ni la importancia que realmente tenía. El P. Minteguiaga, otro insigne hijo de San Ignacio, autor de obras tan notables como *La Moral independiente y los principios del Derecho nuevo* y *La punibilidad de las ideas*, y de numerosos artículos publicados en la revista *Razón y Fé*, dejó inéditos doce tomos con 9.581 páginas, que se conservan en el colegio de Deusto. Santesteban, fecundo compositor y famoso organista, ha sido injustamente olvidado por la actual generación. Aguirre-Miramón fué un ilustre magistrado que prestó grandes servicios en Filipinas y representó á su país en ambas Cámaras. Por último, Urbiztondo, Marqués de la Solana, se distinguió como militar y como hombre de gobierno al frente de la Capitanía general del Archipiélago filipino, y especialmente en la expedición á Joló.

Tal es, expuesto á modo de índice razonado, el contenido del libro del Sr. Loyarte. No se trata de un mero hacinamiento de datos: el autor no se limita á trazar las líneas externas, por decirlo así, de la vida de sus personajes, sino que penetra con acierto en el alma de éstos para poner de relieve su pensamiento y darnos á conocer su fisonomía moral; y al hacerlo evidencia el intenso amor que siente hacia la hermosa tierra en que nació, y contribuye á remediar, en parte, la falta que se nota de estudios biográficos.

Por ello, y por el estilo fácil y ameno con que está escrita la obra del Sr. Loyarte, estimo que merece éste sinceros plácemes, y que es de desear prosiga la publicación de tan interesantes trabajos.

No obstante, someto por completo mi juicio á la decisión de la Academia.

Madrid, 2 de Enero de 1914.

JERÓNIMO BECKER.